

Homilía para el Domingo 9 de agosto 2020

Mis hermanos y hermanas:

Cada año en la Liturgia de las Horas, en la fiesta de San Lorenzo, la Oficina de Lectura ofrece una homilía de San Agustín. Hace dos años lo pusimos en el Boletín. Creo que sería una muy buena homilía para este año. Y así, como a veces lo hago, me hago a un lado y uso las palabras de los grandes predicadores y maestros de la historia de la Iglesia para hablar de Dios en la Fiesta de un Gran Mártir, y Nuestro Patrón.

De los sermones de san Agustín, obispo

La Iglesia de Roma nos invita hoy a celebrar el triunfo de san Lorenzo, que superó las amenazas y seducciones del mundo, venciendo así la persecución diabólica.

Él como ya se les ha explicado más de una vez, era diácono de aquella Iglesia. En ella administró la sangre sagrada de Cristo, en ella, también, derramó su propia sangre por el nombre de Cristo. El apóstol san Juan expuso claramente el significado de la Cena del Señor, con aquellas palabras: *Como Cristo dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos*. Así lo entendió san Lorenzo; así lo entendió y así lo practicó; lo mismo que había tomado de la mesa del Señor, eso mismo preparó. Amó a Cristo durante su vida, lo imitó en su muerte.

También nosotros, hermanos, si amamos de verdad a Cristo, debemos imitarlo. La mejor prueba que podemos dar de nuestro amor es imitar su ejemplo, porque *Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas*. Según estas palabras de san Pedro, parece como si Cristo sólo hubiera padecido por los que siguen sus huellas, y que la pasión de Cristo sólo aprovechara a los que siguen sus huellas. Lo han

imitado los santos mártires hasta el derramamiento de su sangre, hasta la semejanza con su pasión; lo han imitado los mártires, pero no sólo ellos. El puente no se ha derrumbado después de haber pasado ellos; la fuente no se ha secado después de haber bebido ellos.

Ténganlo presente, hermanos: en el huerto del Señor no sólo hay las rosas de los mártires, sino también los lirios de las vírgenes y las yedras de los casados, así como las violetas de las viudas. Ningún hombre, cualquiera que sea su género de vida, ha de desesperar de su vocación: Cristo ha sufrido por todos. Con toda verdad está escrito de él *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.*

Entendamos, pues, de qué modo el cristiano ha de seguir a Cristo, además del derramamiento de sangre, además del martirio. El Apóstol, refiriéndose a Cristo, dice: *A pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios. ¡Qué gran majestad! Al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos.*

¡Qué gran humildad! Cristo se rebajó: esto es, cristiano, lo que debes tú procurar. *Cristo se sometió: ¿cómo vas tú a enorgullecerte? Finalmente, después de haber pasado por semejante humillación y haber vencido la muerte, Cristo subió al cielo: sigámoslo. Oigamos lo que dice el Apóstol: Ya que han resucitado con Cristo, aspiren a los bienes de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios.*

==--==--==